

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE
ESCUELA GRADUADA DRA. LUZ M. RIVERA MIRANDA

DISCUSIÓN CRÍTICA SEMANA 5

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
DR. CARLOS COLÓN, PHD EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO MEL 605.773
LIDERAZGO PASTORAL Y CULTURA ORGANIZACIONAL

POR

BRYAN J. ROSADO SANTOS

SAINT JUST, P. R.

DICIEMBRE 13, 2025

EL FACTOR MÍNIMO Y SUS IMPLICACIONES PARA LA IGLESIA LOCAL

El concepto de factor mínimo surge como una propuesta central dentro del modelo de desarrollo natural de la iglesia, planteando una manera distinta de comprender el crecimiento eclesial. El autor sostiene que la iglesia, entendida como un organismo vivo, crece de manera saludable no por la intensificación de sus áreas más fuertes, sino por la atención intencional a su dimensión más débil. Desde esta perspectiva, el crecimiento no se explica principalmente por estrategias, programas o esfuerzos aislados, sino por el equilibrio cualitativo de los elementos que componen la vida congregacional.

Según el autor, el factor mínimo es aquella característica cualitativa que se encuentra menos desarrollada y que, por esa razón, limita el crecimiento global de la iglesia. Aunque una congregación pueda mostrar fortalezas notables en varias áreas, la presencia de una debilidad significativa actúa como un límite estructural que impide un desarrollo más amplio. El autor enfatiza que el crecimiento de la iglesia no se produce de manera uniforme en todas sus dimensiones, y que ignorar el área más débil conduce inevitablemente al estancamiento, aun cuando existan signos externos de vitalidad.

Para explicar este principio, el autor recurre a la conocida imagen del “barril del mínimo”. En esta metáfora, la iglesia es comparada con un barril compuesto por varias tablas, cada una representando una característica cualitativa esencial. La cantidad de agua que el barril puede contener no está determinada por la tabla más larga, sino por la más corta. De la misma manera, el crecimiento de la iglesia no está determinado por sus áreas más desarrolladas, sino por aquella que se encuentra en su nivel más bajo. Esta imagen permite visualizar que reforzar lo que ya es fuerte no resuelve el problema del crecimiento si no se atiende la debilidad principal.

El autor identifica ocho características cualitativas fundamentales que deben desarrollarse de forma equilibrada: liderazgo, ministerios, espiritualidad, estructuras, culto, evangelismo, relaciones y vida celular. Estas características no funcionan de manera independiente, sino interrelacionada. Cuando una de ellas se debilita, afecta el funcionamiento del conjunto. El autor subraya que el objetivo no es maximizar todas las áreas simultáneamente, sino identificar estratégicamente el factor mínimo y concentrar los esfuerzos en su fortalecimiento, permitiendo así que el crecimiento ocurra de manera más natural.

Otro elemento clave en el planteamiento del autor es el paralelismo con la agricultura, basado en la ley del mínimo. Así como el crecimiento de una planta está limitado por el nutriente más escaso y no por el más abundante, el desarrollo de la iglesia está condicionado por su carencia principal. El autor utiliza esta analogía para reforzar la idea de que el crecimiento saludable no se logra mediante la acumulación de recursos o actividades, sino mediante la eliminación del factor que impide el desarrollo. Este enfoque busca evitar tanto el activismo excesivo como la dependencia de fórmulas universales.

Asimismo, el autor advierte sobre el peligro de copiar modelos de “iglesias exitosas” sin considerar el contexto particular de cada congregación. Señala que experiencias, testimonios y programas pueden ser inspiradores, pero no deben confundirse con principios universales. El desarrollo de la iglesia, según el autor, requiere discernimiento, adaptación contextual y una comprensión clara de la realidad interna de la congregación. El factor mínimo no se identifica por comparación externa, sino por evaluación honesta de la propia comunidad de fe.

A partir de este planteamiento, el concepto del factor mínimo tiene importantes implicaciones para la iglesia local. En primer lugar, desafía la tendencia a medir el éxito ministerial exclusivamente en términos numéricos o visibles. La propuesta del autor invita a la

iglesia a mirar más allá del crecimiento cuantitativo y a evaluar la calidad de sus relaciones, estructuras y procesos formativos. Esto implica un cambio de mentalidad, en el que la fidelidad pastoral se expresa no solo en la actividad, sino en la madurez integral de la comunidad.

Desde una perspectiva crítica, el valor del factor mínimo radica en su capacidad para fomentar la autoevaluación y la humildad institucional. Sin embargo, este modelo también puede ser malinterpretado si se aplica de manera rígida o técnica. Existe el riesgo de reducir la vida de la iglesia a un esquema de diagnóstico permanente, perdiendo de vista la dimensión espiritual y la acción soberana de Dios. El crecimiento de la iglesia no puede entenderse únicamente como el resultado de ajustes organizacionales, sino como una realidad en la que convergen la gracia divina y la responsabilidad humana.

En la práctica pastoral, el enfoque del factor mínimo invita a un liderazgo más reflexivo y menos reactivo. El liderazgo deja de centrarse exclusivamente en la implementación de programas y se orienta hacia el acompañamiento de procesos de transformación comunitaria. Identificar el factor mínimo requiere escuchar a la congregación, observar sus dinámicas relacionales y discernir con sabiduría dónde se encuentra el verdadero obstáculo para el crecimiento. Esto demanda tiempo, paciencia y una disposición genuina al cambio.

Finalmente, el autor reconoce que el factor mínimo no es estático. A medida que una iglesia fortalece su área más débil, surge inevitablemente una nueva limitación. Esto implica que el desarrollo saludable es un proceso continuo y no un objetivo que se alcanza de una vez y para siempre. Para la iglesia local, este enfoque promueve una cultura de aprendizaje constante, en la que la evaluación y la mejora forman parte natural de su vida. En este sentido, el factor mínimo no debe entenderse como una técnica de crecimiento, sino como una herramienta de discernimiento que ayuda a la iglesia a alinearse mejor con su misión y su llamado.